

TERCER DÍA - LA PLENITUD DEL MAR

(ÍNDICE)

“Dijo Dios: Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos, y que aparezca lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco tierra, y al conjunto de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno” *Génesis 1:9-10*.

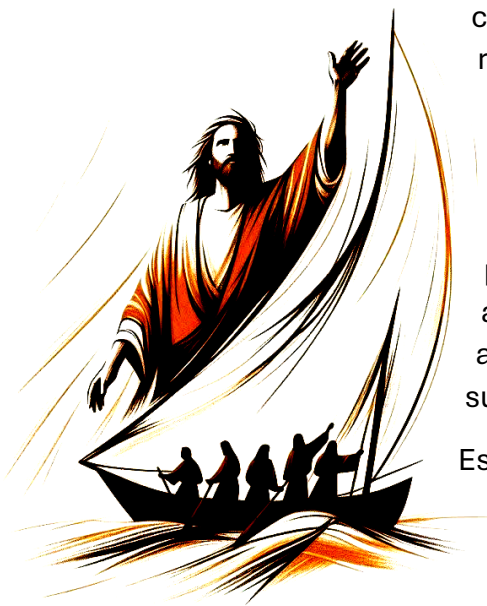
En los últimos capítulos del libro de Job, cuando el Señor convenció al patriarca de su debilidad y dependencia de Dios para hacerle saber que únicamente de él procede la justicia, presentó como evidencia ese hecho de confinar las aguas. “¿Quién encerró con puertas el mar, cuando, irrumpiendo, se salió de su seno; cuando hice de una nube su vestidura, y de espesa oscuridad sus pañales; cuando sobre él establecí límites, puse puertas y cerrojos, y dije: «Hasta aquí llegarás, pero no más allá; aquí se detendrá el orgullo de tus olas?»” *Job 38:8-11*.

Cuando el salmista habla del poder de la palabra de Dios que creó los cielos y la tierra, dice: “Él junta las aguas del mar como un montón; pone en almacenes los abismos” *Salmo 33:7*. Conviene recordar aquí la expresión “y fue así” con la que termina el relato en cada fase de la creación. Dios dijo “Sea”, “y fue así”. Su simple palabra bastó para realizarlo. Recuerda que esa es la palabra que nos predica el evangelio. Jamás disminuyó su poder, y es tan capaz de salvar como de crear.

Es imposible que alguien mínimamente familiarizado con el Señor contemple el mar sin reflexionar en el inmenso poder del Creador. No obstante, muchos miran día tras día el mar sin dedicar un solo pensamiento a su Hacedor, o incluso desafiándolo abiertamente. A los tales dice el Señor: “«Oíd ahora esto, pueblo necio e insensible, que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. ¿No me teméis?» — declara el Señor. «¿No tembláis delante de mí, que puse la arena como frontera del mar, límite perpetuo que no traspasará? Aunque se agiten las olas, no prevalecerán; aunque rujan, no pasarán sobre ella»” *Jeremías 5:21-22*.

No es para atemorizarnos, por lo que el Señor nos recuerda su tremendo poder capaz de poner límites al mar, de forma que no pueda sobrepasarlos en su furioso oleaje. No: es con el fin de que podamos confiar en él. La perfecta fe y el perfecto amor echan fuera el temor. Se nos describe el poder de Dios sobre el mar como una prueba de su fidelidad. “Oh Señor, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú, poderoso Señor? Tu fidelidad también te rodea. Tú dominas la soberbia del mar; cuando sus olas se levantan, tú las calmas” *Salmo 89:8-9*. Los evangelios proveen un ejemplo de esa fidelidad: “Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: —Pasemos al otro lado. Una vez despedida la multitud se lo llevaron tal como estaba en la barca. También había otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento que echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Lo despertaron y le dijeron: —¡Maestro!, ¿no tienes cuidado que perecemos? Él, levantándose, reprendió al viento y dijo al mar: —¡Calla, enmudece! Entonces cesó el viento y sobrevino una gran calma. Y les dijo: —¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces sintieron un gran temor, y se decían

el uno al otro: —¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?” *Marcos 4:35-41 (RV 1995)*.



Eso no fue sino una manifestación del poder creador original. El mismo que creó los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, retiene el perfecto control sobre ellos. En esas palabras: “Calla, enmudece”, escuchamos la misma voz que dijo: “Júntense en un lugar las aguas que están debajo de los cielos”. Y esa es la palabra que nos predica el evangelio. Por lo tanto, a partir del poder de Dios sobre el mar —que se debe a que fue él quien lo creó— hemos de aprender acerca de su poder sobre las olas de discordia que surgen en los corazones humanos.

Eso es así por la razón de que el mar encrespado representa a los malvados: “Los impíos son como el mar agitado que no puede estar quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo” *Isaías 57:20*.

Cristo es nuestra paz. La palabra que pronunció en el Mar de Galilea aquella noche es la palabra que nos pronuncia a nosotros: “Escucharé lo que hablará Jehová Dios, porque hablará paz a su pueblo y a sus santos para que no se vuelvan a la locura” *Salmo 85:8 (RV 1995)*. Hay aquí ánimo certero para quienes han estado luchando en vano por largo tiempo contra las fieras pasiones.

El poder de Dios sobre el mar no es solamente un símbolo de su poder para salvar al hombre de la marea del pecado, sino también una prenda y garantía de su liberación final y completa. Muestra asimismo el poder con el que Dios va a dotar la predicación del mensaje del evangelio en el último esfuerzo que precederá a su segunda venida. Lee estas palabras conmovedoras:

“Despierta, despierta, vístete de poder, oh brazo del Señor; despierta como en los días de antaño, en las generaciones pasadas. ¿No eres tú el que despedazó a Rahab, el que traspasó al dragón? ¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos? Los rescatados del Señor volverán, entrarán en Sión con gritos de júbilo, con alegría eterna sobre sus cabezas. Gozo y alegría alcanzarán, y huirán la tristeza y el gemido. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú que temes al hombre mortal, y al hijo del hombre que como hierba es tratado? ¿Has olvidado al Señor, tu Hacedor, que extendió los cielos y puso los cimientos de la tierra, para que estés temblando sin cesar todo el día ante la furia del opresor, mientras este se prepara para destruir? Pero ¿dónde está la furia del opresor? El desterrado pronto será libertado, y no morirá en la cárcel ni le faltará su pan. Porque yo soy el Señor tu Dios, que agito el mar y hago bramar sus olas (el Señor de los ejércitos es su nombre), y he puesto mis palabras en tu boca, y con la sombra de mi mano te he

cubierto al establecer los cielos, poner los cimientos de la tierra y decir a Sión: «Tú eres mi pueblo»” *Isaías 51:9-16*.

Sin duda alguna la constatación de que “Suyo es el mar, pues Él lo hizo” *Salmo 95:5*, y de que él “midió las aguas en el hueco de su mano” *Isaías 40:12*, es terreno firme para que cada uno en su pueblo confíe en él, sea para liberación del peligro, para la gracia que lleva a la victoria, o para contar con su asistencia en la realización de la obra a la que él los ha llamado.

CRISTO Y LA TEMPESTAD

(Adaptado de J.G. Whittier)

*Tormenta de medianoche en mar bravío.
El vasto cielo se rompe en truenos.
Espesas nubes se agitan errantes
cual sudario sacudido por espíritus airados
desde el alto y terrible muro de oscuridad.
Bajo su sombra se alza la ola tumultuosa
cual osado paso de gigante que sale del sepulcro
que lo atara por siempre a su frío y desolado cauce.
¡Se juntan ahora tempestad y ola que brama,
en cuya cresta salta el relámpago y retumba el trueno!*

*Noche terrible. Cada rayo desgarrar el cielo.
Estallan truenos como respuesta de demonios
desde oscuras cavernas de tempestad
que amenaza entre olas encrespadas.
Pero irrumpe el clamor del Fuerte que no teme.
Su voz atraviesa el estrépito de las aguas
y retumba en el cielo mientras el navío, roto,
surge a la vista un instante sobre las altas crestas,
y la nube atronadora se cierne sobre él
cual lúgubre sudario.*

*Su voz se multiplica desde la cubierta que zozobra.
Su forma, revelada por el relámpago, y su frente,
recia ante el embate de la tempestad,
anuncian un triunfo desconocido para el humano,
un poder indescriptible y majestuoso:
“¡Calla, enmudece!”
Las olas se detienen confundidas.
El huracán, sumiso, se pliega a su mandato.
Negras nubes donde maldecía el rayo y aguardaba el trueno,*

*se disipan sin dejar rastro de tormenta,
que se avergüenza escapando en alas de brisa suave,
en olas calmadas, amables, radiantes de luna.*

*¡Temible Amo de la tempestad!
Tú, ante cuya presencia se humilla la tormenta;
tú, a quien las olas rinden homenaje
en playas de viejos imperios insulares:
si el desvalido y temeroso recibió
tu infinita atención, ¡oh!, sopla también
sobre la tormenta y las tinieblas del alma humana
aquella misma quietud, paz y calma
que descendieron sobre las aguas agitadas
cuando tu voz se alzó, Ministro de la paz,
para vencer en tu nombre.*



“Dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla, y árboles frutales que den fruto sobre la tierra según su género, con su semilla en él. Y fue así. Y produjo la tierra vegetación: hierbas que dan semilla según su género, y árboles que dan fruto con su semilla en él según su género. Y vio Dios que era bueno” *Génesis 1:11-12.*

Dios dijo “Sea”, y fue. “Él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” *Salmo 33:9 (RV 1995).* Se trata de “la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” *1 Pedro 1:23 (RV 1995).* No pierde una partícula de su vida ni de su fuerza. Ningún lapso de tiempo disminuye su poder. La palabra que creó todas las cosas sostiene todas las cosas. Por consiguiente, la orden “Produzca la tierra vegetación” es la que sigue haciendo que la tierra produzca vegetación, hierba y árboles. Si el efecto de esas palabras hubiera cesado tras haber sido pronunciadas, no habría existido más producción vegetal, y la que ya existía habría dejado de ser. De forma especial, una vez que la caída del hombre trajo maldición sobre la tierra, y que la muerte afectó no solamente a los hombres, sino también a animales y plantas, si la palabra que hizo surgir la hierba al principio no hubiera permanecido en su plena fuerza, la tierra se habría convertido rápidamente en un desierto estéril. Pero esa palabra sigue hoy viva; por eso vemos la tierra cubierta de hierba y de fruto abundante para alimentación del ser humano.

Lo dicho no es mera teoría, sino un hecho práctico. Cosas tan comunes como el crecimiento de la hierba no llaman nuestra atención ni nos sorprenden, y damos

por hecho que crecen de forma automática, sin intervención divina. Muchos creen que no corresponde a la dignidad de Dios prestar atención a asuntos menores como el crecimiento vegetal. Esa es precisamente la razón por la que tan pocos obtienen un beneficio práctico de su profesión de fe en Dios. Su idea sobre él es la de alguien tan alejado, alguien que está tan ocupado en sus propios asuntos de estado, que no puede prestar atención a los detalles de su reino. Olvidan que la obra especial de Dios es cuidar de sus criaturas, desde la mayor a la menor. Olvidan que su grandeza consiste en su habilidad para manejar los asuntos más complicados, y al mismo tiempo prestar atención a los más pequeños detalles.

A Satanás le complace que se conciba a Dios como siendo impasible a los pequeños asuntos que afectan al hombre. Esa es precisamente su acusación contra Dios, y es solamente por su influencia como los hombres han llegado a verlo así. Aun negando la evolución en su formulación más plena, consideraron la idea tan común de que en el principio Dios puso realmente en marcha el universo, pero entonces dotó a la materia de cierta cantidad de energía y la sujetó e determinadas leyes, de forma que a partir de entonces todo funcionara indefinidamente tal como lo hace un reloj al que se le dio cuerda. ¿Con qué confianza puede elevar una oración quien alberga esa creencia? ¿Qué puede esperar recibir? No es de extrañar que se lamente por no ver respondidas sus oraciones. El Dios en quien cree está demasiado alejado como para escucharle, y es demasiado indiferente o bien demasiado rígidamente condicionado por sus leyes como para intervenir en beneficio del suplicante si es que lo oyera. No es ese el Dios de la Biblia.

No es un asunto trivial que “los últimos postulados de la ciencia” hayan inducido a tantos que profesan creer en la Biblia a modificar sus puntos de vista respecto al relato de la creación. Hubo un tiempo en que se creía que la Biblia significa lo que dice. Aquellos en quienes Dios obró poderosamente para la conversión de miles fueron hombres de fe, y su fe lo era en el poder divino que hizo los cielos y la tierra, y en su palabra que sostiene hasta las cosas más pequeñas. Su creencia y aplicación práctica del hecho de que Dios vive y de que todo está sujeto a su poder y bajo su control inmediato fue lo que los sostuvo, permitiéndoles enfrentar dificultades y peligros; fue la fuente de su fortaleza y el secreto de su éxito.

¡Qué cambio vemos ahora! Es decididamente excepcional encontrar a un ministro del evangelio expresar su creencia en el relato literal de la creación según el primer capítulo de Génesis. Temen que se los considere desactualizados. Pero Dios quisiera que hubiera muchos más dispuestos a desactualizarse de estos tiempos peligrosos, y a no temer que se los tenga por retrógrados por causa de Cristo.

En la medida en que ha crecido el temor a aceptar la palabra del Señor, que implicaría estar en desacuerdo con ese legado del antiguo paganismo que es la filosofía, se ha evitado presentar abiertamente el poder de la palabra. Se le ha negado cualquier oportunidad. Los cristianos oran por un reavivamiento de la religión. Si simplemente reviviera su creencia en la simple palabra de Dios, y la reconocieran como algo viviente, como la fuente de toda vida y poder, habría un

reavivamiento de la religión. Predíquese el evangelio, no según la sabiduría humana, sino tal como el Espíritu Santo lo enseñó. Sea presentado como la palabra viviente y activa de Dios, y entonces se lo creará, y se verán resultados tangibles en los que creen.

No hay mejor forma de menoscabar el evangelio y desposeerlo de su poder, que sustituyendo la clara palabra de Dios por “lo que falsamente se llama ciencia” *1 Timoteo 6:20*. Se ha relegado a Dios al último lugar, percibiéndolo como si estuviera distante. Muchos aceptaron el evangelio que se les predicó, y desean sinceramente la salvación del pecado; pero la evolución, incluso sin haberla aceptado conscientemente, debilitó su fe hasta el punto de impedirles acercarse al Señor, caminar junto a él e interactuar con él como Agente activo en toda faceta de la vida.

Observemos algunos hechos básicos que incluso en esta edad de la ciencia nos animan a creer que la palabra del Señor, quien dijo: “Produzca la tierra vegetación” *Génesis 1:11* es la que hace que la tierra siga produciéndola aún.

¿Quién no ha observado un brote tierno apareciendo en un campo de maíz? ¿Nunca viste en un sembrado de cereal una diminuta hoja tierna abriéndose paso y emergiendo a la superficie entre terrones compactos? ¿No te ha llamado la atención cómo se levanta un trozo de tierra seca y, al mirar debajo ves que lo empujó un pequeño brote, tan delicado que a duras penas podría soportar su propio peso? La hoja diminuta aún carece casi por completo de color, y es poco más que agua. De haberla restregado entre los dedos habría dejado como resto poco más que simple humedad en tu mano. No obstante, esa frágil estructura fue capaz de empujar un terrón compacto mil veces más pesado que ella.



¿De dónde viene ese poder? ¿Se trata de algo inherente a la hierba? Veámoslo. Toma esa hoja una vez que está bien formada. Busca un pequeño terrón cuyo tamaño sea menor que la mitad de aquel que desplazó cuando el brote estaba abriéndose camino hacia el sol, y colócalo sobre la hoja de hierba ya crecida. ¿Cuál es el resultado? El terrón aplasta la hierba. No tiene en ella misma poder alguno. Prueba esto a continuación: toma la hojita cuando está tierna, cuando se está abriendo camino por debajo del terrón, y arráncala de la tierra. La tomas entonces por su base con dos dedos, y se dobla hasta tocar de nuevo la piel de tu mano, incapaz de mantenerse erguida. Cuesta imaginar algo más débil que ese brote. No obstante, momentos antes se mantenía en pie en contra de un peso mucho mayor que el propio. Ahí tienes un milagro que se reproduce millones de veces cada año, por más que muchos afirmen que la época de los milagros pasó.

¿Explicará algún científico cuál es el origen de esa fuerza portentosa manifestada en el brote de hierba, o en el estallido del hueso pétreo del durazno cuando brota el pequeño germen contenido en su interior? Ahí existe algo que el microscopio no

puede descifrar; algo que no es capaz de objetivar el más esmerado análisis químico. Podemos analizar la *manifestación* del Poder, pero no el propio *poder*. Los escépticos pueden burlarse si les place, pero nosotros nos alegramos sabiendo que ese poder no es otro que el de la palabra de Dios. La divina palabra dijo al principio: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla...”, y el poder de esa palabra hace brotar hoy la planta por más terrones que encuentre. No hay poder en el propio vegetal, pero ese débil instrumento permite al hombre presenciar el inefable poder de Dios. Todo el que quiera puede aprender en ello una lección.

¿He dicho que nosotros nos *alegramos* sabiendo que ese poder no es otro que el de la palabra de Dios? ¡Más que eso! Nos gozamos sobremanera por poder reconocer el poder de Dios hasta en las cosas más pequeñas. En ellas encontramos la seguridad de que Dios “es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros” *Efesios 3:20*. El mismo poder que opera en el brote de hierba del campo, lo hace igualmente en aquel que pone en el Señor su confianza. “Toda carne es hierba” *Isaías 40:6*. El ser humano es tan débil e indefenso como la hierba, no poseyendo en sí mismo absolutamente ningún poder; no obstante, todo lo puede en Cristo, quien lo fortalece (*Filipenses 4:13*).

Recuerda de nuevo el experimento de la representación gráfica de la voz. Vimos en él cómo la voz humana puede reproducir *formas* de seres vivos, pero la voz de Dios produce los propios seres vivos.

No es solamente que las plantas, los árboles y las miríadas de variedades de frutos y flores crezcan en obediencia a la orden del Señor, sino que son la representación visible de su voz. Vemos la voz de Dios en la naturaleza, y esa es la base de nuestra confianza en esa palabra cuando la leemos en las Escrituras. No es por casualidad que el capítulo 11 de Hebreos, que registra algunas de las obras poderosas manifestadas en seres humanos débiles mediante una fe sencilla en la palabra de Dios, comience con la afirmación de que “por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios” *Hebreos 11:3 (RV 1995)*. Esa sencilla declaración puede hacer sonreír a algunos.

La mente inculta del humilde indígena es capaz de ver a Dios en las nubes y de oírlo en el viento. Cuánto mejor es una mente inculta, que la mente dispuesta a “prestar oído a enseñanzas que te hacen divagar de la sabiduría” *Proverbios 19:27 (RV 1995)*.

Lo mismo que a los discípulos de antaño, Cristo nos dice: “Vosotros no me escogisteis a mí, sino que yo os escogí a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” *Juan 15:16*.

¿Cómo hemos de dar fruto?

—Por el mismo poder que hace crecer al fruto natural. La palabra que dijo: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla, y árboles frutales que den fruto” *Génesis 1:11*, y cuyo poder podemos ver



manifestado en la hierba y en los árboles, nos dice a nosotros: ‘Da fruto. Fructifica’. Y si nos sometemos de voluntad a esa palabra tal como hace la creación inanimada, el fruto será igualmente abundante.

Ahora bien, observa que el fruto ha de ser para gloria de Dios: “En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto” *Juan 15:8*. Si el poder de fructificar estuviera en nosotros, no habría lugar para la gloria de Dios. Cualquiera sea el fruto producido para gloria de Dios, lo es debido a que todo el poder está en él. Igual que la hierba, no somos más que el débil instrumento sin fuerza mediante el cual Dios manifiesta su poder.

La orden divina es: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” *2 Pedro 3:18*. ¿Cómo hemos de crecer? —Tal como lo hace la semilla en el campo. Dijo Jesús: “Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo” *Marcos 4:26-27 (RV 1960)*.

Podemos no saber de qué manera la buena simiente de la palabra de Dios brota en nuestro interior y lleva fruto, pero nuestra ignorancia al respecto no hace diferencia alguna. “Dios le da un cuerpo como Él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo” *1 Corintios 15:38*. Nuestra parte es entregarnos al Labrador e Ingeniero divino: “Vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” *1 Corintios 3:9*. Es él quien da el crecimiento y el perfecto fruto.



El crecimiento de una planta aparece repetidamente en las Escrituras como ilustración del crecimiento del cristiano. El apóstol Pablo dice: “Sois labranza [plantío] de Dios” *1 Corintios 3:9*. “El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para conceder que a los que lloran en Sión se les dé diadema en vez de ceniza, aceite de alegría en vez de luto, manto de alabanza en vez de espíritu abatido; para que sean llamados robles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado” *Isaías 61:1-3*.

Recuerda que todo es del Señor. Somos su plantío, su labranza, a fin de que él sea glorificado. Observa, no obstante, el paralelismo respecto al crecimiento de las

plantas. Nota cómo la salvación del pecado a una vida de justicia es comparable a la forma en que se entierra la simiente.

“En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se regocijará en mi Dios; porque Él me ha vestido de ropas de salvación, me ha envuelto en manto de justicia como el novio se engalana con una corona, como la novia se adorna con sus joyas. Porque como la tierra produce sus renuevos, y como el huerto hace brotar lo sembrado en él, así el Señor Dios hará que la justicia y la alabanza broten en presencia de todas las naciones” *Isaías 61:10-11*.

Es prodigioso lo que Dios puede hacer, con tal que se lo permitamos. Alguien objetará: ‘Si es tan poderoso, ¿por qué no impone su poder?’ —Sencillamente, porque su poder es el poder del amor, y el amor no recurre a la fuerza. Dios desea que todos estén satisfechos en el universo; en consecuencia, da a todos el perfecto don del libre albedrío relativo a qué es lo que van a tener. Él hace saber a cada uno el valor relativo de las cosas, y le ruega que escoja lo que es bueno; pero si alguien se determina a escoger lo malo, permite que lo tenga. Su reino lo poblarán seres humanos libres, no esclavos y prisioneros tal como sería el caso si Dios recurriera a la coacción a fin de salvarlos en contra de su voluntad individual. Dios tendrá súbditos en quienes poder confiar en todo lugar del universo; pero si forzara a alguien a ser salvo, tendría que seguir ejerciendo fuerza para retenerlo en su reino. Cristo vino a predicar libertad a los cautivos. No es su propósito hacer cautivos.

Pero cuando alguien anhela la salvación, por más insignificante o débil que sea a los ojos del mundo, incluso aunque no se lo considere de más valor que la hierba que pisamos, Dios obrará maravillas en él. Si Dios viste la hierba del campo, que hoy está y mañana arde en el rastrojo, mucho más revestirá de poder al ser humano —a quien creó a su propia imagen— con tal que se someta a él. Esa promesa divina de vestirnos no se limita a la ropa que nos cubre. “¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?” *Mateo 6:25*. Él nos da lo que posee un valor infinito; por lo tanto, su promesa de vestirnos tanto más que a la hierba se refiere igualmente a las vestiduras de salvación y al manto de justicia de los que hemos de ser revestidos. Ese poder que obra de manera tan formidable en el diminuto brote de hierba, obrará aún con mayor poder en aquel que confía en el Señor.

“Observad cómo crecen los lirios del campo” *Mateo 6:28*. He afirmado que eso está escrito para darnos ánimo a crecer en la gracia. Hemos de crecer tal como hacen los lirios. Leamos ahora palabras de la Inspiración a fin de comprender que el lirio es una ilustración del crecimiento del cristiano en la gracia:

“Vuelve, oh Israel, al Señor tu Dios, pues has tropezado a causa de tu iniquidad. Tomad con vosotros palabras, y volved al Señor. Decidle: Quita toda iniquidad y acéptanos bondadosamente para que podamos presentar el fruto de



nuestros labios. Asiria no nos salvará, no montaremos a caballo, y nunca más diremos: «Dios nuestro» a la obra de nuestras manos, pues en ti el huérfano halla misericordia” *Oseas 14:1-3*. No hay duda posible: el Señor está aquí hablando de pecado y de justicia. A su pueblo que se apartó de él le dice que regrese, y le explica qué debe decir al regresar. Han de decir que no confiarán más en la obra de sus propias manos. Sus obras no han de provenir de ellos mismos, sino que han de ser las obras de Dios. Observa la seguridad que da a quienes se apartaron de él:

“Yo sanaré su apostasía, los amaré generosamente, pues mi ira se ha apartado de ellos. Seré como rocío para Israel; florecerá como lirio y extenderá sus raíces como los cedros del Líbano. Brotarán sus renuevos y será su esplendor como el del olivo, y su fragancia como la de los cedros del Líbano. Los que moran a su sombra cultivarán de nuevo el trigo y florecerán como la vid. Su fama será como la del vino del Líbano” *Oseas 14:4-7*.

Pero eso no es todo. El pueblo de Dios es su viñedo, su plantío, y ha de darle gloria. Dios no resultaría glorificado si el viñedo hubiese de ser destruido por falta de atención personal; en consecuencia, le da la seguridad de su cuidado. “Aquel día se dirá: Una viña de vino; de ella cantad. Yo, el Señor, soy su guardador; a cada momento la riego. Para que nadie la dañe, la guardo noche y día. No tengo furor. Si alguien me da zarzas y espinos en batalla, los pisotearé, los quemaré completamente, a no ser que él confíe en mi protección, que haga la paz conmigo, que conmigo haga la paz. En los días venideros Jacob echará raíces, Israel florecerá y brotará, y llenará el mundo entero de fruto” *Isaías 27:2-6*.

“Florecerá como el lirio” [“florecerá” se ha traducido de **parákj**, que significa también “crecerá”].

¿Qué necesidad hay de abundar todavía en la ilustración? Por más que lo procuráramos, nunca llegaríamos a agotar las Escrituras. El propósito de este escrito es animar al lector a que estudie por sí mismo la Palabra en mayor profundidad, y a que se apropie de ella como siendo la palabra viviente del Dios que vive y que obra poderosamente en todo aquel que cree. No imagines lejos al Señor. Permite que tu fe evidencie que está cerca de ti, que es tu pronto auxilio en las tribulaciones. Dios está cercano, a la mano; no alejado, y no hay para él nada demasiado difícil. Ha dejado escrito su amor y su poder en toda la creación, y quiere hablarnos mediante las cosas que creó. “En Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:17*. Esa misma palabra que llamó al universo a la existencia, la palabra que dijo: “Produzca la tierra vegetación”, nos habla a nosotros en las palabras de la ley de Dios. Pero su ley no es un decreto implacable y sin vida que los débiles mortales deben esforzarse en vano en cumplir mientras Dios los mira con severidad, presto a señalarlos con desdén y a castigarlos por su fracaso. No. Sabemos “que su mandamiento es vida eterna” *Juan 12:50*. Esa misma palabra que nos dice “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón ... y a tu prójimo como a ti mismo” *Lucas 10:27*, derrama su amor en nuestros corazones (*Romanos 5:5*)

precisamente de igual forma en que la palabra de Dios hace que la planta florezca y fructifique. Bien podemos cantar:

*¡Cuán dulces son, Señor, tus leyes!
¡Qué amables tus preceptos!
Mi carga pongo a tus pies,
confiado en tu poder.*

*Tus ojos velan incansables,
seguro en ti estaré.
La mano que sustenta al mundo
me guardará también.*

*¿Por qué tendré ansiedad,
pudiendo a ti correr?
Tu trono es paz y santidad,
me da feliz descanso.*

*Tu amor es constante y firme,
día tras día renueva mi vigor.
Mi carga a tus pies dejaré,
y a ti cantaré, oh Dios.*



“Él extiende el norte sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada”
Job 26:7